

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Ferrer, Christian: *Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas*, Buenos Aires, Ediciones Godot, 2013.

Fernanda Juárez

Universidad Nacional de Río Negro

fjuarez@unrn.edu.ar

Christian Ferrer reúne en este libro una serie de biografías de personajes inclasificables; seres extraños, sorprendentes, ignotos u olvidados cuyas obras y desventuras no gozan del beneplácito de la cita académica ni de la mención recurrente en la efeméride de turno. Después de leer *Camafeos*, queda latente la sensación de que estos artículos no fueron escritos en clave de constelación. Cada uno conforma un mundo en sí mismo, enclaustrado en su propia atmósfera. Orélie Antoine I, Ignacio Braulio Anzoátegui, Héctor Murena, Marta Minujín, Alfredo Errandonea, Ezequiel Martínez Estrada y Néstor Perlonguer son las figuras elegidas para estas semblanzas que evocan, con decorados distintos, el mito de Odiseo.

Los escritos que integran este libro bien podrían situarse en un territorio cercano al prólogo. Son textos de apertura, de iniciación y convite para continuar leyendo e investigando sobre las singulares creaciones que concibieron estos personajes por medio de la escritura, las obras de arte o la maquinación de una aventura estrambótica en los confines del mundo.

La metáfora del “camafeo” es fecunda para pensar cómo se organiza la trama de cada artículo. Esa figura tallada en piedra ofrece algunas pistas para seguir los trazos del autor en la composición de sus retratos. Ferrer no escatima en describir detalles que le permitan ir delineando el contorno siempre difuso de un ramillete de personajes inasequibles. El relieve es uno de los atributos centrales de su escritura, ya que son esos realces —podríamos decir también los puntos que Ferrer tensiona y los huecos en los que escarba— los que hacen que la efigie sobresalga del plano. Además, es sabido cuánto interesan los matices y contrastes para comprender una vida. Los relatos cincelados sobre el ónice —esa ágata listada en claroscuros sobre la cual se talla el camafeo— recrean, en un ejercicio de figura y fondo, lo que animó a cada individuo en su época. De ahí que las biografías que construye Ferrer transmitan la sensación de que nada puede haber quedado fuera de ellas. Tienen la pretensión de querer abarcarlo todo y, en ese gesto, borran por un segundo de la conciencia lectora la imposibilidad de esa empresa.

Una fuente de energía desde donde irradia la luz argumentativa de algunos de estos textos es la pulsión del autor por abrazar al ensayo como un género sublime. Ferrer escribe ensayos y, también, se interesa —con una cuota sustancial de fascinación y erudición— por los escritores que lo ejercieron. Para él, el ensayo es *el centauro de los géneros*: “Resulta ser un prisma, una suerte de aleph personal a través del cual se descomponen y se vuelven a configurar los ritmos, gamas y contornos de un problema”¹. En esta definición, acentúa, por un lado, el aspecto “metamorfótico” del ensayo y, por otro, atestigua que es un género “de carácter”. Lo primero alude a la plasticidad del género para abordar una materia compleja. Lo segundo refiere a la potencialidad que tiene el ensayo para permitir que emerja *lo propio del autor*: “es el temperamento lo que otorga tono y orientación a la ‘autoría’, porque no por escribir se es un autor”².

Ferrer considera que la tradición del “ensayo” está anudada al derrotero de la idea de “nación” en la historia de nuestro país y, sin dejar de reconocer que el hilo ensayístico que llega hasta

1 Ferrer, Christian: “Centauro, Babilonia y Babel”, en *El Interpretador*, número 24, marzo de 2006. Disponible en: <http://www.elinterpretador.net/24ChristianFerrer-CentauroBabiloniaYBabel.html>

2 *Ibid.*

nuestros días proviene de la madeja que devanaron Sarmiento y Alberdi, pasando por Lugones y Victoria Ocampo, entre tantos otros, también advierte que está compuesto por otras voces. Voces que acuden desde un lugar marginal de la historia para aportar una batería de recursos que, aún sin conformar una tradición, son capaces de dejar marcas indelebles en el género: “Hubo, de vez en cuando, arroyuelos, túneles subterráneos, caminos laterales, a veces polvorientos, muchas otras veces sin salida, que fueron recorridos por los seres atípicos del pensamiento”³. Rafael Barret, Macedonio Fernández y, más acá, María Moreno, son algunos de los frutos rojos de esa silva.

En un intento por imaginar alguna línea de lectura, se podría esbozar que Martínez Estrada, Murena, Anzoátegui y Perlongher son escritores que frecuentaron el ensayo, cada uno en una escala propia. A ellos podría sumarse de manera tangencial la figura de Errandonea, un sociólogo uruguayo que integró las filas del pensamiento anarquista y al que Ferrer le dedica un escrito conmovedor, en primera persona. Ninguno de estos personajes ostenta una corona de laureles ni concita mayores atenciones en la prensa cultural. Por más extravagancia, genialidad o prosa persuasiva que los haya distinguido; por más escándalo oportunamente provocado, lo cierto es que hoy son nombres desvanecidos. La suerte que corrieron no parece haber sido muy distinta en otras épocas, ya que algunos de ellos terminaron jaqueados por la soledad y se volvieron ilegibles en su propio tiempo. Como Héctor Murena, quien, según Ferrer, aceptó gustoso el mote de *anacrónico*, “y mucho se esforzó para llegar a serlo” (p.43), o el propio Perlongher cuando al final de su vida abrazó la religión del Santo Daime, para llevar al extremo eso que el autor define como “la antropología del éxtasis” (p.106) —un intenso callejeo en el que no faltó la experimentación con drogas, poesía y religión— y que a Perlongher lo elevó un peldaño más en su status de criatura incomprendida.

El vínculo entre Ferrer y la obra de Perlongher registra otro antecedente: la publicación de *Prosa plebeya* en 1997, un libro que reúne escritos y artículos varios del genial y extravagante escri-

3 Ibid.

tor. En palabras de Ferrer, Néstor Perlonguer es, ante todo, “un ensayista consumado” (p.103) que, además, tuvo el mérito escasamente reconocido de iniciar un nuevo subgénero en nuestro país: el ensayo neobarroco o “neobarroso”: “La fuente del neobarroco argentino comienza en un fiordo que de ahí en más desbordó tierra adentro en varios afluentes. Un delta mutante de barro y agua, pues la consistencia del barroco es necesariamente fluvial, más bien aluvional” (p.104).

En “Lentejuelas”, Ferrer recorre con sensibilidad los tortuosos caminos por los que anduvo Perlonguer a lo largo de su vibrante existencia, concentrando la narración en tres puntos geográficos: Buenos Aires, San Pablo y París. Pensador atípico, poeta de los suburbios, Perlonguer fue un adelantado en tratar “con una desbordante imaginación estilística” (p.103) temáticas que, hasta entonces, no eran reconocidas como tales: la cuestión “gay” (mucho antes de que alguien pudiera imaginar que la cuestión iba a llegar a cristalizar en áreas de estudios o programas universitarios), la pregunta por el componente lumpen y el rol que juega la turba del bajo fondo —denostada por izquierdas y derechas— en momentos de ebullición social; o la creciente medicalización de la sociedad. Todo esto, con un desvelo constante por tensar los hilos del nudo que se forma cuando el deseo y la política se topan.

En las antípodas de Perlonguer se encuentra Ignacio Braulio Anzoátegui, otro de los desconcertantes personajes que Ferrer eligió para dedicarle un artículo; en este caso, bajo el inequívoco título de “El cruzado”. Ya en su libro *Baron Biza. El inmoralista* (2007), Ferrer demostró sus cualidades para tratar con sujetos difíciles; hombres exaltados por alguna pasión y versados en el arte de producir incomodidad, por donde se los mire. “El cruzado” es un extremista religioso, nacionalista católico y defensor del nazismo, también “poeta, activista intelectual, ensayista, juez, biógrafo burlón y aforista vitriólico” (p.23). Un tipo revulsivo cuya vida discurre con la inquisición como telón de fondo. El relato recupera distintos hitos que llevaron a Anzoátegui, con sus posturas abominables, a ocupar el lugar de *enfant terrible* de la derecha argentina; pero Ferrer no se regodea en el detalle abyecto, sino que avanza con soltura en el análisis de una escritura que, como pocas, abre las tranqueras que conducen hacia las fuentes donde abrevó parte del pensamiento “no progresista” vernáculo.

Los retratos de Ezequiel Martínez Estrada y de Héctor Murena aparecen por momentos superpuestos en *Camafeos*, como una imagen desdoblada por el efecto de alguna distorsión óptica. La “excentricidad” es uno de los puntos de contacto que Ferrer establece entre maestro y discípulo: “Se dice que los efluentes del ensayismo argentino provienen de una vertiente liberal-progresista y de otra nacionalista. Pero Murena, al igual que Martínez Estrada y otros seres atípicos del pensamiento, fue excéntrico a ambas tradiciones” (p.51). Murena encarna la figura del intelectual fracasado, que arde en la incomprensión y se arroja barranca abajo por una pendiente que lo conduce, sin retorno, hacia el rincón del olvido, la desgracia y la oscuridad. Martínez Estrada, por su parte, es presentado en “Furia y desacralización” como un personaje excepcional. A diferencia de los otros retratados, la estela que dejó su influencia puede rastrearse con mayor claridad en nuestros días. Amén de que su nombre todavía resiste agazapado en los programas de algunas cátedras universitarias; en 2010, Martínez Estrada fue capaz de encender una nueva polémica —en sordina, claro está— cuando una de las salas de la Biblioteca Nacional pasó a llevar su nombre en reemplazo del de Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast). Las palabras del director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, sobre la figura de Martínez Estrada, vienen al caso: “escritor universalista de la condición argentina, inventor de formas narrativas y ensayísticas emancipadas, autor de estudios decisivos sobre el Martín Fierro, la pampa y la ciudad, Kafka y Montaigne y la turbada historia nacional, también partidario de una teoría de la lectura —la lectura conmocionante y curadora— que se entrelaza con las más modernas perspectivas de la crítica literaria actual”⁴.

Un párrafo especial merece la historia “regia y esperpéntica” de Orélie Antoine I incluida en un escrito en el que se cuentan en paralelo dos aventuras desopilantes: la de un autoproclamado Rey de la Patagonia y la de Juan Fresán, un audaz publicista y cineasta que en el año 1972 se embarcó en la descabellada empresa de filmar la hazaña fallida del francés por el sur argentino. La película, al igual que la gesta de Orélie Antoine, tuvo un destino teñido de reveses, infortunios y fatalidades. El texto de Ferrer, a su vez, sirvió de base para el guión de otro film: *Un rey para la Pata-*

4 González, Horacio: “Política de nombres”, en *Página/12*, 29 de abril de 2010. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-144812-2010-04-29.html>

gonia, estrenado en 2010, en el que las andanzas de los dos personajes —Fresán y Orélie Antoine— se alternan en un sainete con reminiscencias quijotescas. Abocado a hacer la crónica de los avatares de una gesta catalogada de “inofensiva” y “literaria”⁵, Ferrer narra subrepticamente el devenir de la obsesión humana, desdoblado —como en un juego de espejos— las respuestas a una pregunta latente: ¿cuál es el sentido último de contar la historia de una frustración y adentrarse en el drama de aquello que no pudo ser?

5 Ferrer, Chistian: “Aves de las tormentas”, en *Artefacto*, No. 7, Buenos Aires, 2012.